

Cronopaisajes y semiósis del Yo.

"Tú no me ves desde yo te miro"
(Lacan)

Del cronopaisaje a la otra escena

La 'identidad', cualquiera que fuere, lo es al interior de estructuras regulativas de significación traducidas en repertorios simbólicos y prácticas sociales susceptibles de leerse en su dimensión textual, al interior de la cual se pueden identificar sistemas relacionales que determinan y densifican fases y circuitos espacio-temporales, o *cronopaisajes* discriminables.

Un *cronopaisaje* es la textura, el texto y la textualidad generados por la triangulación de formas de habitabilidad, tramas y modos comunicativos, y gramáticas de significabilidad y sociabilidad, cuya interconexión se materializa en 'representaciones sociales' y consumos culturales con carácter adscriptivo y por ello identitario (MOSCOVICI, 1961; JODELET, 1986), dispositivos, consumos y prácticas de 'distinción simbólica' (BOURDIEU, 2000).

El *cronopaisaje* visibiliza el entrecruzamiento de tres volumetrías de sentido, tres lógicas trans-relacionales resueltas en esquemas categoriales, aquellos que definen la función sígnica peirceana, o representamen, como "algo que, para alguien, representa o se refiere a algo, en algún aspecto o carácter. Se dirige a alguien, esto es, crea en la mente de esa persona un signo equivalente, o, tal vez, un signo aún más desarrollado" (PEIRCE, 1972: 22). Tricotomía resuelta en primeridades cualitativas, segundidades referenciales y terceridades sígnicas, la Forma, la Existencia y el Valor, susceptibles de focalizarse mediante el nonágono semiótico (MAGARIÑOS DE MORENTIN, 1984; GUERRI: 2014).

Primero, las *escenografías* identitarias, o posibilidades lógicas de atribución a partir de abstracciones sensoriales y conceptuales, las espacialidades y habitabilidades físico-mentales que regulan flujos y contactos, topografían zonas de visibilidad e invisibilidad, señalan maneras y focos de exhibición y ocultamiento demarcando las fronteras de lo espectacular y lo íntimo, de lo propio y lo ajeno.

Segundo, las *escénicas*, o narrativas con-textuales que clasifican, comparan, interpretan, valoran y regulan conductas, determinando las tramas experienciales del sujeto, resueltas en dos campos: ‘las representaciones sociales’, o dispositivos texto-discursivos adscriptivos, que inscriben la alteridad como causalidad referencial; y las ‘prácticas culturales’, formas de hacer resueltas en protocolos de ejecución, ritualización, exhibición y visibilización social (CHARTIER, 1992).

Tercero, las *dramaturgias* identitarias, o textualidades y textualizaciones, redes de sociabilidad y esquemas co-relacionales determinativos de las “representaciones yóicas”: normativas, prescripciones y reglas de interacción, protocolos, sanciones, prohibiciones y permisiones. En otras palabras, las lógicas discursivas que regulan dinámicas sociales, sistemas de jerarquización socio-espacial, recursos interpelativos, y formas de interpretabilidad y decibilidad (ANGENOT, 2010).

Si la ‘identidad’ es el producto de interacciones simbólico-discursivas, y su sedimentación consecuencia de redes relacionales, interconecta polimórficamente formas de cognición (evaluación), formas de sensibilidad y afectación psíquica (valoración), y formas de acción-transformación, prácticas (FOUCAULT, 1987).

Los *cronopaisajes*, así, componen ‘puestas en escena’ identitarias que comprometen en primera instancia la configuración psíquica de una corporalidad y de una espacialidad circunscritas por la tensión entre interioridad y exterioridad, fermentando un topos específico, el lugar desde el cual se constituye, pregunta-habla-pregunta, escucha, interpela, y como efecto de ello, siente el sujeto enunciante-deseante. Un sujeto inmerso en la dialéctica entre mismidad y otredad (BERENSTEIN, 2001) que, precisamente como proyección de la contracción-desgarradura entre lo Uno fantaseado y lo Otro absoluto y constrictivo, impregnante y determinante, bien puede inventarse, disolverse, multiplicarse, invertirse o afirmarse, es decir, fantasearse al interior del entorno dentro del cual se constituye (Lacan, 1984). Lo que señala su carácter procesual, su dinámica transformativa, esto es, temporal (KRISTEVA, 1972). El sujeto se escinde, de tal manera, en una identidad interpelativa frente a los otros y determinado por el Otro, y en una subjetividad cognitiva y sensorio-emocional, afectiva y afectativa, determinada por el otro-semejante (LACAN, 2013). Así también su fragmentada y desfasada temporalización, el sujeto en proceso se modula a partir de una heterocronía fundamental, tiempos múltiples lo habitan (GREEN, 2001).

En otras palabras, un *cronopaisaje* es, también, un ecosistema fantasmático y una escrituralidad proyectada por morfologías visuales, cadenas significantes, redes simbólicas, figuras retóricas y secuencias narrativas (LAPLANCHE, 2001; MANNONI, 1997, MALDAVSKY), en cuya trama se yuxtaponen procesos inferenciales, categorías lógico-cognitivas,

categorías psíquico-afectivas, y categorías representacionales: *crono-grafos* o espacialidades, estructuras sensibles, registros perceptuales, morfologías atributivas y procesos abductivos, arqui-texturas del *registro imaginario*; *crono-gramas* o procesualidades y disposiciones contextuales y comparativas, reactividades y procesos inductivos, textos del *registro de lo real*; *crono-grafías*, dinámicas funcionales, registros locativo-ubicativos, lógicas identificatorias y procesos deductivos, textualidades efecto del *registro simbólico*.

Los *crono-grafos* identitarios operan en un espacio virtual, imaginado, especular, resuelto morfológica y referencialmente: huellas mnésicas, improntas psíquicas, formas-típicas articuladas por un hábito o recurrencia. Primeridades que señalan el fundamento del signo-representamen yóico, la gramática que “determina lo que debe ser cierto del representamen (...) para que pueda encarnar algún significado” (PEIRCE, 1974: 22).

Los *crono-gramas* manifiestan rastros mentales que, en tanto tales, son articulados por una semiósis indicial (MAGARIÑOS DE MORENTIN, 2002), aluden a objetos o acontecimientos con los cuales mantienen una relación existencial y sintomática, lo real. Constituyen criptografías apoyadas en acontecimientos biográficos determinativos, dado que el síntoma “registra una contigüidad presente o pasada necesaria entre efecto y causa” (Eco, 1992: 296). Y configuran textos indiciales con carácter indexical, al proponer una “contigüidad posible entre poseedor y poseído” (Eco, 1992: 269). Son segundidades que expresan las condiciones de verdad de las representaciones, y en esa medida señalan el objeto del representamen yóico, por cuanto constituyen “lo cuasi-necesariamente verdadero de los representamen para que puedan ser válidos para algún objeto, es decir, ciertos” (PEIRCE, 1974: 22-23).

Las *crono-grafías* regulan recurrencias cognitivas, direcciones y re-producciones del sentido que exaltan versiones de significación mediante secuencias de funciones representacionales (simbólicas), sensoriales (emocionales), experienciales (energéticas) y cognitivas (lógicas). Textualizan terceridades, partituras pentatonales de interpretantes: equivalencias trans-sistémicas (entre diversos sistemas semióticos), señaléticas indiciales cuantificables (especificidades categorizables), semánticas intra-sistémicas (sinonimias dentro del mismo sistema semiótico), connotaciones cristalizadas (estratificaciones dentro del mismo sistema semiótico), y traducciones (equivalencias inter-sistémicas). Son, entonces, cadenas de una semiósis continua, multiplicación retórica de los interpretantes del representamen yóico, en tanto “determinan las leyes mediante las cuales un signo da nacimiento a otro signo, un pensamiento a otro” (PEIRCE, 1974: 22).

Así que el argumento identitario es una triangulación mediante la cual los parámetros socio-culturales inscriben patrones identificatorios. Y la subjetividad, un efecto de presiones, imbricaciones, interdicciones y permeaciones entre lo imaginado, lo vivido y lo simbolizado: cronopoiética.

Un *cronopaisaje*, entendido como red simbólico-interaccional, entreteje una subjetividad, una identidad y un vacío, temporalizando el espacio mediante trazas escriturales que devienen narrativas psíquicas, lugares y figuras de enunciación (ZIZEK, 2013). El yo se constituye fantasmáticamente en la ilusoria identificación con el Otro, mediado e intermediado, atravesado y escindido por un ‘significante primordial’, cuya incidencia matricial espacializa al sujeto inscribiéndole una geometría identitaria y una temporalidad constructiva/re-constructiva (MILLER, 2008).

Sujeto al inconsciente

La subjetividad es una proyección, no una causa, por cuanto no la funda ni la conciencia -ficción auto-reflexiva arquitecturada sobre la no memoria y lo reprimido-, ni el Yo -alucinada síntesis sostenida en Otro-. Lo hace la inscripción significativa del sujeto en una red simbólico-interaccional en cuya filigrana el flujo del lenguaje lo ‘hace ser’, lo sujeta: “no hay sujeto más que de un decir” (LACAN, 2013: 60). El lenguaje habla desde otro lugar y marca la posibilidad del ser, el sujeto que será es hablado y escrito antes de su propia autoconsciencia, estatuido por la letra-voz que lo nombra y así lo extrae de su indiferenciada disolución utérica, lo separa e individualiza deletreándolo: “El lenguaje con su estructura pre-existe a la entrada que hace en él cada sujeto”(LACAN, 1984: 475).

Aquel quien podrá ser, entonces, sólo significa después. Define su condición germinal el ser pura presencia significativa, una traza, el principio de una huella, la penumbra donde la tensión biológica transmuta en intención mental y alguien va siendo, porque su significado es un flujo constante, un deslizamiento, una oscilación indicial, una marea que sólo detiene la escritura, refractándolo, o el espejo, disolviéndolo: “es en la cadena del significante donde el sentido insiste (...) ninguno de los elementos de la cadena consiste en la significación de la que es capaz en el momento mismo” (LACAN, 1984: 482).

Si el Yo es un indicativo que designa al sujeto de la enunciación, pero no lo significa (LACAN, 1984: 479-481), entonces son dos los ‘lugares del sentido’ así especificados: por un lado, el Lenguaje, totalidad sin pasado y eterno futuro, saber sin sujeto; por otro lado, la Palabra, impregnación del recuerdo, memoria y conocimiento de lo irremediable —la propia finitud—, topos de la Verdad del sujeto (JULIEN, 2002: 30-31). Pero Lenguaje y Palabra no se encuentran ni armónica ni biunívocamente ligados, una barra

los separa, la que separa el significante y el significado. Esa separación tensa el deseo y desgarrar el goce, en cuanto la Voz que dicta la Palabra emana del Otro omnipotente, irremediable totalidad de la que proviene el sujeto prematuro, indefenso, necesitado, y a la que siempre intentará retornar, demandando 'ser', en últimas demandando amor, que es lo que pide toda demanda (LACAN, 1985: 793).

Si una 'falta' funda, si es por una carencia que efervesce el deseo, entonces Saber y Verdad barrados son heterotópicos, delatan en la estructura del sujeto una discontinuidad de lo real, una desplazativa ambigüedad de la significación, y una fractura de lo afectivo. Criptografía del sujeto, huellas de una escisión originaria impresa en el significante, que desencadena la pulsión, aquella descarga donde lo biológico y su representación se permean porque en ella se inscribe el retorno del objeto perdido (el objeto *a*).

La Verdad del Sujeto se reprime o se forcluye para que no afecte, para que no duela, para que no aterre: "Cuando uno sufre demasiado, acude a la idea de utilidad y, con ella, la idea de alguien, de Otro del goce. Uno sufre para saldar una deuda interminable, y uno sufre por alguien o contra alguien" (NASIO, 2006: 27). Pero lo rechazado en lo simbólico reaparece en lo real. Aquello reprimido siempre retorna y atraviesa la Palabra, porque es "lo que vuelve siempre al mismo lugar" (Lacan, 2013: 195), aquel objeto del que el sujeto estará siempre separado, el goce absoluto de lo Real en cuanto inalcanzable, inaprehensible, indecible totalidad, lo innombrable puesto que resiste a la simbolización (RABINOVICH, 1986: 82-83). Un objeto perdido por los sueños de los sueños, cuya insistencia significativa se repetirá inagotable, desplazada una y otra vez, saciándose transitoriamente la carencia en la ilusoria vivencia del fantasma, hipotética respuesta al enigma del Otro, que es el enigma del deseo del Otro, causalidad del propio deseo y de la angustia que lo filtra, siempre ebullente en la palabra del hablante, en la enunciación del sujeto de antemano enunciado: "ni la defensa ni el deseo son exteriores al acto de enunciación sino que lo habitan por dentro" (GREEN, 2001: 77). La pulsión es, entonces, también enunciación, cadena significativa, y el deseo su significado. El despliegue de la cadena significativa es simultáneo con el despliegue de la cadena pulsional, "que también conlleva un lugar del Otro, un tesoro de significantes de la pulsión" (MILLER, 2008: 58-59).

Y, dado que lo reprimido es el deseo que atraviesa la palabra, o su silencio, el discurso del sujeto enunciante es anunciante y denunciante, lo anuncia a él como fuente de una descarga pulsional, y denuncia lo reprimido, su verdad, su real, como destino y objeto de erogenidad (GREEN, 2001: 59).

El olvido, de tal manera, determina el pasado cartografiando una alucinada esquizosemia: la persistencia del Yo que reprime, y/o la diseminativa metaforización del objeto forcluido. Lo reprimido opera en los significantes, aboliendo lo simbólico, mientras lo forcluido lo hace en el 'gozar sensible', insuflando lo imaginario (NASIO, 2006: 89-90-119).

Y 'ello' sucede en otro espacio-tiempo, un claroscuro donde el tiempo no pasa, se repite (proyecta), donde el espacio es interno, se fantasea (introyecta), la dimensión psíquica: puesta en escena de huellas mnémicas, imaginarias y multiformes presencias de una ausencia, donde se niega la falta fundacional mediante sustitutos reiterativos cuya vivencia desde el dolor de lo inalcanzable dejará un resto, el afecto, y una dinámica, la compulsiva persistencia de un motivo (GREEN, 2001: 108).

Así que el sujeto se modela sobre el vacío y se fragua en un lugar ajeno, el inconsciente, que es la Voz del Otro, igual que su deseo, siempre más allá.

Somorgujeo identitario

La identidad psíquica es tetradimensional. Maleabilidad simultáneamente osmótica y reactiva del ego, y resultado de una trigonometría que compromete cuatro entidades. Un otro sujeto existencial, interlocutor-observador desde el cual se proyectan ideales y matices afectivos, introyectados en el ego; un Otro sujeto cultural, cuyas prohibiciones y normativas son reprimidas, espacializando el inconsciente; un imaginario sujeto ontológico, el yo que cree (moi), fraguado en la fantasmática atmósfera de la construcción especular; y un sujeto gramatical, cuya inmersión en el circuito simbólico lo sedimenta en tanto sujeto hablante-deseante, el Yo que habla (Je) (SULLIVAN, 2013: 33-34).

La función del yo, consecuentemente, es un final, no un comienzo. Implica un requisitorio doble paso en la heterogénea multisensorialidad del sujeto en proceso, caracterizada por su carácter fragmentado, incoherente, multifocal, el umbral fantasmático del 'estadio del espejo': la topografía reflexiva del propio cuerpo y las probables identificaciones imaginarias de la función-sujeto. Tales identificaciones, de una parte, se inscriben como organizadores, sintetizadores, y totalizadores espacio-temporales; de otra parte, operan como causalidades psíquicas; y, finalmente, transforman al sujeto en el acto de asumirlas como imágenes especulares, imagos de carácter prematuro, anticipatorio.

La imagen especular produce la construcción imaginaria de un yo-ideal (moi) que antecede su objetivación en la dialéctica de la identificación con el otro y en la inscripción simbólica donde es investido en su función de sujeto. Es una matriz simbólica en la que el Yo (je) se precipita en la forma

primordial. Y es, por constituir una corporalidad, la exterioridad precedente a la espacialización del Yo (je) en tanto posición simbólica del sujeto: la forma total del cuerpo le es dada al sujeto como Gestalt, exterioridad (LACAN, 1984: 87). En el espejo el sujeto capta el espacio y con ello se sumerge en el espejismo, se espejisma y fantasea la transformación de su imagen fragmentada en una imago ortopédica, determinada por una dialéctica dramática que transita de la insuficiencia y la falta originaria a la anticipación de una colmación ideal (LACAN, 1971: 86-98).

La semejanza se fantasea en la mirada, aquel delirio que vela la diferencia irreductible con lo que no está pero se presenta, simulacro congelado de la multiplicación de lo distinto: “La mirada es la presencia de una ausencia: la diferencia del otro que desde ese más allá se anuncia” (LÓPEZ-PORTILLO, 2000: 47).

Consecuentemente, la identidad es resultado de una dislocación y de un descentramiento psíquico en constante y policéfala resonancia con una imagen modélica, propedéutica, totalizante, la del semejante, la del otro-Otro, que-quien opera durante el estadio del espejo como referente homológico, por cuanto dibuja relaciones de equivalencia funcional-posicional (LACAN, 1971: 87-88).

La dis-locación especular virtualiza otro espacio, manifestando su carácter hetero-tópico y pulsátil: la visibilidad y la invisibilidad titilaran ortopédicamente signando al sujeto en la oscilatoria constitutiva de la presencia y la ausencia, la dialéctica de su enigma fundante, allí donde no estoy, Yo soy; allí donde pienso no soy, allí donde soy no pienso (FOUCAULT, 1984; LACAN cit. JULIEN: 177).

Topológicamente, el descentramiento psíquico señala un vacío, un agujero, que en lo real define el duelo del entierro y en lo simbólico la forclusión (el significante sagital que no se integra en el inconsciente) (Rabinovich, 1984), la discordancia primordial, lo inhaprensible del Otro y lo desgarrado del deseo, dado que “el deseo del hombre es el deseo del Otro” (LACAN, 1985: 794).

Esta dinámica volumetriza la psiquis en el registro de lo imaginario, formulando un esquema mental heráldico, un espejeo, una fantasmática especularidad ontológica, la ilusoria y fascinada simbiosis sintética del yo Ideal (moi), de cuya ruptura con su objeto primordial germinará un desfase. Por un lado, la asimetría entre el proyecto de sujeto y el Otro a partir del cual se modela; por otro lado, un deseo, el de re-encontrarse unívocamente en ese otro fundacional, perdido ya para siempre, lo que signa el “llegar a ser del sujeto” con la falta y la carencia, es decir, con la ausencia. Tal la dinámica inconsciente del deseo, la fantasmaseada presencia de una ausencia. Y tal el sentido del fantasma inconsciente del yo: la respuesta al enigma del deseo del otro, ese objeto (*a*), hipnótico y deseado: “La relación

del objeto no es más que la vestimenta de la imagen de sí que envuelve al objeto causa del deseo y lo oculta” (RABINOVICH, 1986: 87).

Pero lo simbólico domina lo imaginario, el significante subordina al sujeto. Así se articula el Ideal del Yo, síntesis en una identificación primaria de carácter significacional y subjetivante, resultado de un “proceso imaginario que va de la imagen especular a la constitución del yo por el camino de la subjetivación por el significante (LACAN, 1985: 789).

De cualquier manera, el sujeto insistirá en la cadena significacional, esa secuencia semiótica donde el significante representa al sujeto retrodictivamente: “es del Otro de quien el sujeto recibe incluso el mensaje que emite” (LACAN, 1985: 786).

El sujeto es un decir dicho por el Otro no sólo en el sentido de que el registro simbólico en que consiste lo inscribe como tal, sino en el de que hace enunciables sus enunciados determinándolos desde su propia condición, la del deseo, es decir, la carencia. Es por ello que el sujeto desea ser deseado por el Otro, lo demanda. El deseo es la medida de la diferencia (LEVINAS, 1987).

Y si el Otro hace enunciable la demanda es porque la construye y regula. Lo que enuncia es su propia carencia/deseo. El campo de la alteridad imprime así en el sujeto el espectro de sus demandas. De ahí que, en la repetición del síntoma, “el sujeto recibe del Otro su propio mensaje invertido” (RABINOVICH, 1986: 82; LACAN, 2013: 79/92).

En tanto la imagen modélica define no sólo un modo de sujeto sino un modo del deseo, son los objetos de deseo del otro los que marcan su bitácora deseante, inmersa en una trama de competencias y rivalidades dosificadas y domesticadas por la Ley, el Otro.

Así que el sujeto en proceso está escindido: parte de una alienación primordial (la incorporación del Otro, su arcadia emocional, la primera univocidad), internaliza una dramática fractura marcada por el significante arcaico de la separación y la diferencia (dinámica sistólica-diastrólica signada e impregnada de satisfacción narcisista y de rechazo agresivo), y desemboca en una sustitutiva semiósis continua, tratando de colmar la carencia que lo focaliza hacia objetos inquietantes (mirada, voz, fonema, vacío).

El sujeto se resuelve entre la insuficiencia y la anticipación. Y de ésta hacia la retro-dicción. Es la prematuración genérica del nacimiento humano la que le otorga omnipotencia y omnipresencia al otro en tanto referente absoluto de su demanda. El otro, semejante omnímodo, funciona como objeto y anclaje de la ilusión identificatoria, espejo: “La imagen especular es el canal que toma la transfusión de la libido del cuerpo hacia el objeto” (LACAN, 1984: 802). Y por ello mismo se inscribe como causalidad del deseo, el objeto deseado, el objeto (*a*), “ese objeto es el prototipo de la

significancia del cuerpo como lo que está en juego del ser” (LACAN, 1984: 782).

Un otro/objeto (*a*) en su visibilidad hace visible al yo, dado que éste se constituye por identificación con él, y en el proceso tal tensión vidente-visto estabiliza las formas de quien percibe y de lo percibido, otorgándoles permanencia e identidad. No otra cosa es la configuración del ego, y tal la rivalidad implícita en lo deseado, que refracta, distorsionado, un deseo ajeno: “Una alteridad primitiva se incluye en el objeto, en la medida en que este es primitivamente el objeto de rivalidad y competencia. Sólo interesa en tanto objeto del deseo del otro” (LACAN, 1984: 52).

Así, el yo configura un sujeto desgajado por la dinámica e irreductible bipolaridad de la inclusión y la exclusión, perimetriza y separa, cartografía y topologiza. Una mirada, un parpadeo, y una re-flexión fundan al sujeto, su deslizamiento imaginario (FOUCAULT, 1984: 48). Es la dicotomía germinal del sujeto: la captura puramente imaginaria de lo semejante, o la recíproca exclusión del enfrentamiento especular que, atravesado por un significante fundacional, marca las diferencias. El Yo se estatuye en medio de la trama que también define el conocimiento paranoico. Y en medio de un mortífero terror al abandono y la soledad: “Sin otro que nos mire o que miremos, la creencia de haber vivido desaparece. El Yo se cuestiona su propia posibilidad de no ser y aún así vivir. Se vive en la muerte. Uno se mortifica” (LÓPEZ-PORTILLO, 2000: 51).

El espejismo del yo ideal, sin embargo, es nuclearmente carcomido por una perenne inabarcabilidad, la innombrable falta fundacional, la carencia en el origen. Por eso reincidirá interminablemente aludiendo y eludiendo aquel perdido objeto del deseo, lo no decible, la vacío, la efervescente de la angustia, lo real (LACAN, 2013): 199-213: “El yo incluye en su centro ese trozo real que es el objeto (*a*)” (RABINOVICH, 1986: 84). El sujeto es un funámbulo que transita la cuerda floja entre la fascinación y el horror. El Otro lo estatuye, lo hechiza, lo fascina, pero su deseo lo aterriza.

Cronopaisaje yóico

Textura cualisígnica, el sujeto emerge en un destello, un relámpago auto-reflexivo lo coagula: su espejo. En el reflejo de sí mismo se eriza y se tensa de la insuficiencia a la anticipación, de la fragmentación a la imaginada mismidad, fermento modelizante y sinécdoque que topografiará las fronteras ilusorias entre la implosión interiorizante y el estallido del afuera. Allí nace porque allí se nace en el re-conocimiento. Pero es un conocimiento ajeno, su atribución proviene de otro lugar, es una extimidad, una producción extraña que lo ordena y lo moldea. En la imagen especular

se re-produce una cartografía ortopédica, y allí la diferencia define la transformación del origen. Otra mirada lo funda.

La mirada propia nace en la mirada que la mira. En ese reflejo ajeno se instaure y jerarquiza la realidad psíquica de lo propio y lo diferente: reactividad comparativa anclada en el con-texto. Una homología perceptual encandila, una huella mnésica titila, se vislumbra y se borra, para re-elaborarse en una condensación referencial, en una yuxtaposición icónica que actualiza la posibilidad del ser y especifica la alteridad, esa existencia intangible en otra escena, donde aquello fuera o fuese para que éste sea en tanto suplantación y sustitución, metáfora entonces, transverberación en pretérito imperfecto indicativo, ocultamiento acerca de sus límites pero referencia anafórica del pasado que lo habilita, emblemática. El sujeto parpadea, y al hacerlo sueña, habita y es habitado por el fantasma que atraviesa su espejo.

En tal espejismo se orienta y organiza la ambigua ilusión de lo mismo. Porque el sujeto va siendo a imagen y semejanza del otro, su modelador. Esa mirada en la que se ve mirado lo inventa entre el intercambio y el transitivismo, reglándolo lo estatuye, por cuanto no es el otro quien mira sino la ley del Otro la que legaliza la mirada: lo codifica, distribuyéndolo en una sucesión de soportes significantes, en un constante desplazamiento que en algún momento se detendrá para re-enviarse hacia la reverberación metafórica de la que proviene, heráldica. La identificación es el efecto de tal conexión um-vilisual, una variable frecuencia proyectiva, ya que su interpretante psíquico es una lógica, no un sentido, una cacofonía, una insistencia metonímica, por cuanto no hay significando por fuera del sintagma, su escenario es el del compulsivo deslizamiento por los significantes, el del desplazamiento y el destino itinerante hasta que lo estabiliza un punto de capitón, una puntada. Allí se inserta la gran ilusión, el yo ideal (moi).

Lo que fuera destello también quema, el acontecimiento marca, determina, impresiona huellas sobre la probabilidad orgánica, configurando cierta anatomía, dinamizando cierta fisiología. Un evento signa lo somático. El cuerpo, de tal manera, es mapa, superficie, lugar de inscripción y ruta. Una singularidad cuya existencia es sígnica, y su sentido ventrílocuo, ins-crito por alguien distinto pero semejante, un otro que eriza, tensa y atrae, fermentando la pulsión, esa reacción agregativa donde lo corpóreo se hace verbo y letra la piel. Y sin embargo, acecha el olvido, porque el sujeto es quien borra sus huellas, camuflándolas con aquella insistencia de significantes llamada síntoma. El síntoma es un palimpsesto que dibuja el claro-oscuro de la significación, la partitura de una búsqueda cuya actualización indicial no apunta a lo presente sino a una ausencia, esa otra forma de existir. Taquigrafía una señalética del borramiento y la

suplantación, la manera como habla o murmura la represión y lo reprimido. El síntoma alude lo que elude, lo velado.

Imaginado y graficado, ese quien se cree yo palpita el límite entre el adentro y el afuera, funámbulo del horizonte que dibuja su apetito y enuncia una necesidad. Diastólico, escarba su espejo en una dirección irremediable y fallida, camina sobre un abismo, su reflejo, y sueña un destino inhaprensible, el objeto (a). El Yo ideal busca una carencia, lo que siempre faltará, la “falta en ser”. Aunque no quiera lo determina un enigma deseante, es un jeroglífico cuyo metonímico deslizamiento identificatorio in-forma el vacío, designa una oquedad: lo no-representable, la tensión de lo indecible, lo innombrable. Así hiera el goce, esa forma de sufrir lo imposible, esa emanación de angustia que define la alucinación de lo real.

Pero no por ello el sujeto deja de decir, se proyecta en el discurso como decibilidad que insta un diacrónico ideal del Yo, el de quien enuncia, el Yo que firma, quien rubrica y suscribe. Y lo que enuncia es una compulsiva repetición proveniente del yo ideal, una demanda articulada en su enunciación. El yo, de tal manera, es un algoritmo y dos textualidades asimétricas, está escindido. Pero lo desconoce, es un sujeto sin saber. La identidad es una dicción-ficción, y su discurso una palabra vacía, una veladura, un encubrimiento de la falta, aquella fatalidad del deseo.

Sólo que la firma es producida y exógena, proviene de otra escena, como el fantasma. El argumento identitario no es sino un significante que representa a otro significante, un decir hablado y calificado por lo simbólico. Alguna dimensión sincrónica gramaticaliza al Yo, lo topologiza, lo manifiesta en la lógica relacional de un lugar significable y significante. Ese Yo que firma es un decir hablado por el texto invisible pero audible que lo nombra, un relato cifrado, afectado y afectativo, una escritura de la carencia, la clave subterránea para descifrar lo que el síntoma no deja de interrogar, la bitácora del deseo. Tal la subjetividad, un anagrama, una cartografía que conduce la semiósis yóica hacia la palabra plena, hacia la verdad del sujeto, la del “parlêtre”, quien habla con la letra que lo hace ser.

Esa letra, sin embargo, no es tampoco propia y es también dictum, Voz imperativa, significante Amo, código y legalidad, esteganografía. El valor de la Ley, entonces, su interpretante, es la forma de la Ley, su estructura, su textura. Es el Otro quien habla al Yo desde donde habla el Otro, desde el inconsciente. Allí su legibilidad, allí el saber sin sujeto.

El cronopaisaje yoico es un circuito y una dialéctica. Desde la primeridad imaginaria de su mirarse en quien lo mira, un mirada parpadea, se espejea y se in-corpora, se hace cuerpo atravesada por lo simbólico, donde se hace texto, armonizada por el pentagrama que la expresa y la hace ser sujeto deseante. Lógica secreta que sin embargo grita, su caligrafía es un encubrimiento, un borramiento, una ensoñación. En últimas, una

estrategia del olvido, una elipsis para eludir la memoria del acontecimiento fundacional, la angustia del goce desde siempre inalcanzable.